

na de mencionarse entre las preciosidades que contiene este venerable templo, una imagen de la Virgen que se halla en un altar colocado delante de la pilastra que separa la tercera de la cuarta capilla á la izquierda. Es original del renombrado Giotto, y no puede lamentarse suficientemente que sea apenas visible, por la interposición de los dobles cristales que la cubren.

Pocos pasos adelante de Santa Clara está situado otro templo notabilísimo, Santo Domingo el Mayor, construido en 1284 bajo la regencia de Carlos de Anjou. Bello edificio gótico de tres naves, de muy buena capacidad y artísticas proporciones, aun cuando ha sufrido mucho por las injurias del tiempo, no ha perdido nada de su gran suntuosidad. En 1849 fué completamente restaurado bajo la dirección del hábil arquitecto Travaglini. Muchas y grandes cosas encierra este magnífico templo y no nos detendremos en describirlas, porque sería obra de muchas páginas. Llamaremos la atención acerca de los curiosos monumentos sepulcrales que adornan los pilares y las paredes interiores de las capillas. Nos detendremos solamente en la segunda de éstas, nombrada del Cristo, en donde celebró la Misa nuestro distinguido amigo el Sr. Canónigo D. Agustín Abarca. En el altar mayor se venera una imagen del Crucifijo, respecto de la cual se refiere una bella tradición. Oraba el Santo Doctor delante de aquella imagen, y fijos los ojos en ella en devoto éxtasis vió que aquella figura se animaba, y abriendo sus labios pronunció estas palabras. "*Bien has escrito de mi, Tomás, ¿qué merced quieres recibir?*" El Santo contestó: "*No quiero otra, Señor, que á ti mismo.*" Profunda veneración inspira esta santa imagen, objeto de un culto especial de aquel gran pensador cristiano, de aquel sabio profundo, de aquel célebre escritor, acaso el primero no sólo de su siglo sino de todas las edades. Mientras celebraba el santo sacrificio el Sr. Abarca, tuvimos tiempo de contemplar esa efigie ensangrentada del Hombre-Dios, y remontándonos con el pensamiento á las épocas en que los sabios se inspiraban en la fe para adquirir el conocimiento de las ciencias, recordábamos las sublimes palabras

del Espíritu Santo: "*Fons sapientiæ timor Domini.*" El fervoroso celebrante á su vez entreteníase como nosotros, en altas contemplaciones que le inspiraron uno de dos elegantes sonetos que tuvo la amabilidad de dedicar al autor de estas memorias. El relativo al asunto de la tradición del Cristo, dice así:

EN LA CAPILLA EN QUE SE VENERA
EL CRUCIFIJO QUE HABLÓ Á SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Desde ese altar, bajo ese viejo muro,
A Tomás ¡oh Señor! probar quisiste,
Y el Universo entero le ofreciste
Tú en ofrecer magnífico y seguro.

Para tal prueba estaba ya maduro
Corazón que de antiguo conociste;
Y en voz cual un reclamo tierno y triste
Dijo su afecto fiel, y limpio y puro.

¿Cuándo se engaña amor que parte cierto?
¿Cuándo erró celestial sabiduría?
¿Quién al humilde le extravió del puerto?

¡Ay! El engaño es nuestro, que hoy, vacía
El alma, como un cielo ya desierto,
No tornamos al que era su alegría!

Al lado izquierdo de la Capilla del Cristo hay un pequeño oratorio, que llamó nuestra atención. Termina en una reducida gruta artificial, y dentro de ella se ve el interesante grupo de María y José en el misterio del Nacimiento del Niño Dios. Díjosenos que aquella gruta está formada bajo las medidas de la de Belén, de la cual es un fiel *facsimile*. Prostrámonos en tierra y visitamos en espíritu el lugar sagrado en donde la más pura de las vírgenes vió nacer al Redentor del Mundo.

Acompañando al sacerdote al interior de la sacristía, mientras este se despojaba de las vestiduras sacerdotales, fijóse

nuestra vista en una galería alta que circunda las paredes de aquella estancia. Extraña impresión nos causó ver allí en lúgubre formación hasta 45 cajas mortuorias, la mayor parte revestidas de ricas telas de púrpura y carmesí.

—¿Qué contienen estas cajas? preguntamos al padre sacristán.

—Son, nos contestó, los restos de los príncipes de la casa de Aragón.

Nuestra orden dominicana recibió grandes beneficios de esta dinastía y cuidó de ir reuniendo sus despojos sepulcrales para hacerlos descansar en este sitio, y conservar así el recuerdo de sus benefactores; tributando á la vez un homenaje de respeto á sus cenizas.

—Extraña manera de conservar restos humanos, dijimos al padre, y en verdad, que estas cajas así descubiertas nos inspiran más respeto que las muchísimas que habrá encerradas en los grandiosos mausoleos que hemos visitado en Nápoles y principalmente en esta iglesia. ¿Sabe usted cuáles son los personajes á quienes pertenecieron estos mortales despojos?

—Sí, señor, respondió el religioso, puedo designar á Vd. los principales. Aquella primera caja encierra el cadáver de Alfonso V, muerto en 1458. Junto á éste se halla el de su hijo Fernando I, que falleció en 1494. Adelante está Fernando II, que murió dos años después. En seguida, la reina Juana, quien dejó el mundo en 1518. A continuación, Isabel, hija de Alfonso II, muerta en 1524. Más allá, descansa Fernando Francisco de Avalos, virrey de Carlos V, que murió en 1525. Y el religioso prosiguió señalando los despojos de cada una de las otras cajas, apuntando las fechas en que habían fallecido los respectivos personajes.

Saliendo de la iglesia nos dirigimos en compañía del Sr. Abarca al edificio del antiguo convento de dominicos, hoy convertido en casa de vecindad, para visitar la celda de Santo Tomás de Aquino, que afortunadamente conservan los religiosos. Abrió la puerta el que nos acompañaba y entra-

mos en un pequeño oratorio como de cinco metros de largo por cuatro de ancho y poco más de tres de altura.

—Aquí pensó, dijo el Sr. Abarca, el gran filósofo de la cristiandad.

—Aquí habló con Dios, dijo el religioso, uno de los más grandes santos de la Iglesia.

—Aquí, pensamos nosotros, fueron escritas algunas de las luminosas obras filosóficas y teológicas que todavía ilustran las escuelas.

Sumidos en profunda meditación permanecimos algunos minutos.

Después nos arrodillamos al pie del altar en que se halla la efigie del Santo Doctor. De allí sacó el Sr. Abarca el asunto de otro de los sonetos á que aludimos arriba. Hélo aquí:

EN LA CELDA DE SANTO TOMÁS.

Aun se respira aquí su santa vida,
Su humildad aun se siente, y su pobreza;
Y de su alma la espléndida pureza
Aun con celeste aroma aquí convida.

Tan tímida así, pues, tan escondida
El alma ha de ir si busca su grandeza;
El águila caudal de eterna alteza
Así se abate y tan humilde anida!

Él miró aquí la luz que apetecemos,
Aquí llovió sobre él saber infuso,
Aquí postrado donde el pie ponemos.

Aquí los montes de verdad traspuso:
Y admirándolo aquí ¡ni así sabremos
Poner el corazón donde él lo puso!

Ningún viajero ilustrado debe dejar de visitar, saliendo de Santo Domingo, una célebre capilla que se halla en el callejón llamado de San Severo, la cual forma parte de un antiguo palacio perteneciente á la familia de Sangro, de los príncipes

de este mismo título de San Severo. Raimundo de Sangro, príncipe de aquella casa, hizo la celebridad de esta capilla con las obras de arte y las magníficas esculturas con que la enriqueció por el año de 1766. Muchas son las preciosidades que encierra; pero nos detendremos solamente en mencionar las que más admiran los inteligentes. Dos estatuas alegóricas son las más celebradas, una es la que representa la desilusión de las vanidades mundanas, en la figura de un hombre que aparece envuelto en una red de malla, de la cual trata de salir con el auxilio de un ángel, haciendo esfuerzos para romperla. Creese que es una alusión al príncipe Antonio de Sangro, á quien pertenece el mausoleo, que renunció al mundo y se hizo monje después de haber perdido á su mujer Cecilia Gaetani. Es un soberbio mármol blanco de una pieza, cincelado por el hábil escultor genovés Francisco Queiroli, que floreció á la mitad del siglo XVIII. La otra estatua es la alegoría del pudor, en que está representada la misma Cecilia Gaetani, cubriendo la desnudez de su cuerpo con un gran lienzo que la envuelve completamente. La obra es admirable, artísticamente considerada, por las dificultades de que salió airoso el artista presentando el modelado de un cuerpo de mujer en su mayor perfección, cubierto, sin embargo, por un lienzo que lo deja trasparente, haciendo la ilusión á la vista de que la tela está sobrepuesta á la estatua, cuando todo está hecho del mismo *block* de blanquísimo mármol. Junto á esta perfección técnica, irreprochable en verdad, es de lamentarse la depravación del gusto y la falta de propiedad en la alegoría; porque realmente la figura no presenta un conjunto bello, ni menos caracteriza la virtud que se propuso retratar el escultor, sino antes bien el vicio que le es opuesto. La obra salió del cincel de Antonio Corradini, artista veneciano, muerto en 1752. Ambas estatuas pertenecen á la escuela del célebre Bernini.

No lejos de la anterior, se ve levantarse sobre el pavimento de la capilla un túmulo en el cual está colocado el cadáver desnudo del Salvador, cubierto igualmente con un lienzo que adherido á las carnes deja ver el cuerpo como á través



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

EL DESCENDIMIENTO (DEL CELEBRANO.)
NÁPOLES CAPILLA DE S. SEVERO.

de una delgada tela. Es sin duda una obra maestra, ejecutada por José de Sammartino, escultor napolitano.

Sobre el altar mayor se admira un soberbio relieve, el Descendimiento de la Cruz, tallado en mármol de Carrara con exquisita perfección, por el artista, napolitano también, Francisco Celebrano. Digno de figurar entre nuestras láminas, nos ha parecido este magnífico trabajo cuya copia tomamos de una buena fotografía, con que nos obsequió la estimable Señora de Miramón, en cuya compañía visitamos por segunda vez la capilla de San Severo.

Digna es de ser visitada, y no tan ligeramente como á nosotros nos fué permitido, la iglesia de San Felipe Neri, una de las más bellas de Italia, que hizo construir el mismo santo de 1592 á 1619, confiando su ejecución en el interior al arquitecto *Dionisio di Bartolomeo*. La bella fachada exterior ha sido modificada y reconstruida con preciosos mármoles. El interior del templo es de tres naves y está decorado con magnificencia. La techumbre es soberbia. La nave del centro se halla dividida por doce columnas de granito de ocho metros de altura y de una sola pieza. Las paredes se hallan decoradas con bellísimos frescos de autores de nota, como Luca Giordano, Ludovico Mazzante, Francisco Gessi, el aventajado discípulo de Güido Reni, Fabricio Santafede y Pircopo. La cúpula, reconstruida en 1850, está pintada al fresco representando el asunto del Apocalipsis, vasta composición de Camilo Guerra. El altar mayor, obra de Sammartino, es de alabastro y mármoles escogidos, adornado con relieves de metal dorado; el tabernáculo está enriquecido con jaspes, ágatas y amatistas.

En el crucero de la iglesia es notable la capilla de la izquierda, llamada de San Felipe Neri, rica en piedras, con diez columnas de mármol amarillo. El altar con incrustaciones de lazulitas, ágatas y otras piedras finísimas, está decorado además con exquisitos adornos de bronce. El cuadro del Santo es obra de Sassoferrato, copiado de Güido Reni, y los frescos de las paredes laterales de Solimena.

Pero el gran tesoro artístico de San Felipe Neri está en la

sacristía, vasta y hermosísima sala cuyas paredes ostentan hasta 57 cuadros de los más célebres pintores. Allí está el Bautismo de Jesucristo, por Güido Reni; la Adoración de los Magos, de Sabbattini; el San Francisco, de Tintoreto; Jesús con la cruz á cuestas, por Bassano; la Virgen con el niño Jesús y San Juan, por Rafael; unos retratos del Spagnoletto pintados por él mismo; la Huida á Egipto, por Güido Reni..... Es una bella galería de soberbios cuadros, que no se cansa de admirar el viajero.

Y todavía hay en San Felipe Neri otros objetos de arte que dejan absorto al visitante. En la capilla de la Natividad una colección de estatuas de santos por el Bernini; en la de San Francisco, el cuadro del santo, calificado como la obra mejor acabada de Güido Reni; en la de Santa Inés el que representa á la misma santa, pintado por Pomarancio.



CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.

La Catedral de San Genaro.—La liquefacción de la sangre del santo.—El milagro.— Descripción del templo.—La Cartuja de San Martín.—El museo.—El gran Claustro.—La iglesia. —San Telmo.

YA era tiempo de encaminarse á la más bella y majestuosa de las iglesias de Nápoles, la Catedral de San Genaro. El Sr. Cura Icaza nos invitó á que fuésemos á presenciar el milagro de la liquefacción de la sangre del santo, que se obra tres veces al año, el primer sábado de Mayo, el 19 de Setiembre y el 16 de Diciembre, y se renueva durante los ocho días que siguen á los expresados. Estábamos en la octava del primero y diariamente se llenaba el vasto recinto del templo con los devotos napolitanos que acuden á venerar la reliquia, con los curiosos que van á presenciar este sobrenatural fenómeno y con los incrédulos que no dejan de ir para cerciorarse de si realmente se obra en los tiempos actuales un verdadero milagro.

Desde la víspera el padre Icaza en un círculo de peregrinos refería entusiasmado todos los detalles del portentoso suceso. Uno de los presentes en son de broma le decía:

—Pero, Padre, ¿usted cree que se verifica realmente la liquefacción?

—Sí, señor, contestaba el interpelado. Lo creo sin haberlo visto aún; porque lo atestiguan millones de católicos, protestantes y hasta indiferentistas que lo han presenciado. Lo creo, porque lo afirman escritores ilustrados de diversas